

ciarias o industriales, de modo que se pueda medir mejor cuáles son “ciudades universitarias”.

El capítulo de la red de ciudades es de una síntesis sobresaliente, diferenciando las capitales provinciales, las metrópolis regionales y el peso de las dos metrópolis nacionales en el marco del Estado regional autonómico. Aquí se advierte un esfuerzo gráfico en especial, si bien no se optó por presentar una tabla de jerarquía de los lugares centrales de orden superior de acuerdo a algunos indicadores, y se puede discutir la terminología equívoca de pequeña ciudad y municipio urbano no siempre coincidentes.

Siguientes capítulos abordan el urbanismo y la planificación desde mediado el siglo XIX; ciudad y medio ambiente; los paisajes urbanos de los cascos históricos en sus distintas épocas, además del “ensanche y sus sustitutos” y los nuevos barrios; para rematar a la usanza torera, diríamos que “con un pase de pecho”, su itinerario por las ciudades españolas, tratando los lugares privados o formas de viviendas y los espacios públicos abiertos de los ciudadanos, donde se topa el lector con un magnífico texto de un observador de la realidad cotidiana en el párrafo central de la página 192 donde se describe “el paseo al final de la tarde”.

Pierre Laborde nos lleva así de la mano, del principio al final de la obra, invitándonos a conocer y vivir también cada una de las ciudades. Pero al universitario e investigador le hará reflexionar en diferentes y múltiples cuestiones como alguna de las aquí recogidas. Nos quedamos con el conjunto de la obra, como un extraordinario libro fruto de muchos viajes y buenas prácticas, se dice ahora, de un geógrafo y un observador insistente de la realidad urbana y de las viejas y nuevas dinámicas que en ellas prosiguen, enriqueciéndonos con su análisis empírico excepcional.

Lorenzo López Trigal

Román RODRÍGUEZ GONZÁLEZ: *Xeografía, entre cultura e profesión territorial*, Ed. Ir Indo, 2004, 197 pp. (en gallego) [ISBN: 84-7680-506-3]

Román Rodríguez González (1968) es un joven profesor de la Universidad de Santiago de Compostela que atesora un rico y variado currículum, a pesar de su edad. Conoce de primera mano las dos vertientes del geógrafo que enuncia en el título, la del gestor profesional del territorio y la del profesor que transmite conocimientos geográficos. Esta obra es por tanto fruto de un largo proceso de reflexión llevado a cabo durante los últimos años, en los que las ideas que le iban surgiendo a este geógrafo y que protagonizaban encendidas tertulias con otros

colegas, se han visto finalmente plasmadas en un libro de la colección “A fraga universitaria” de la editorial Ir Indo. Unas ideas basadas en una profunda lectura de las principales obras epistemológicas de nuestra disciplina, pero matizadas por el conocimiento directo, lo que le ofrece al lector un plus de verosimilitud especialmente apreciable en las conclusiones que ofrece al final de cada capítulo.

El libro, de apenas 200 páginas, se estructura en diez capítulos que van desgarrando los argumentos de Rodríguez González para definir la posición de nuestra ciencia en este debate sobre el lugar de la Geografía, tanto en el presente como en el pasado o en el inmediato futuro.

Los tres primeros capítulos: “La Geografía en su relación con el territorio”, “La Geografía como saber cultural y educativo” y “La Geografía como mecanismo de formación ideológica”, presentan la evolución de la Geografía desde el punto de vista académico. Para ello, Rodríguez González no se limita al período comprendido desde el siglo XIX hasta la actualidad, que englobaría la llamada Geografía moderna, sino que reflexiona sobre el amplio compendio de saberes incluidos desde la antigüedad bajo el ámbito geográfico y su importancia para el desarrollo posterior tanto de la disciplina académica como de la técnica profesional. Como afirma el autor, esta evolución histórica refuerza el objetivo doble de la Geografía, por un lado “conocer el espacio para satisfacer la creciente curiosidad intelectual” y por el otro “emplear todo ese elenco de conocimientos de base territorial con una utilidad aplicada”.

Los dos capítulos siguientes: “La Geografía como práctica profesional” y “Fundamentos Profesionales: Análisis y Ordenación del Territorio”, muestran a la Geografía como un conocimiento útil desde el comienzo de su historia, en el sentido de “ciencia productora de documentación o información susceptible de ser empleada por los poderes públicos, en tanto entes responsables de la gestión del territorio”. Sostiene de esta manera el autor, que el progresivo acercamiento de la Geografía al mundo profesional no es otra cosa que un retorno a su lugar natural, perdido durante buena parte del siglo XX por el interés de la comunidad geográfica por afianzar su posición como disciplina académica. Citando a Dollfus, proclama que el análisis geográfico, entendido como el estudio de los modelos de organización y distribución de los elementos que conforman el espacio terrestre, es uno de los fundamentos más destacados de la Geografía como ciencia y también un pilar básico en la práctica de la ordenación del espacio. No obstante, conviene distinguir desde el principio ambos conceptos, el análisis geográfico, centrado en abordar “desde un punto de vista científico y cultural la organización del espacio y las relaciones hombre-medio” y la ordenación del territorio, que se relacionaría con la práctica de utilización de los conocimientos

adquiridos en esos análisis “con la perspectiva de alcanzar unos objetivos políticos y de gestión concretos y planificados”.

En los capítulos que anteceden a la conclusión final, “Significado de la ordenación del territorio”, “Ordenación del territorio: una historia reciente”, “Escalas y espacios para la ordenación del territorio” y “Progresiva aproximación entre la Geografía Española y la Ordenación del Territorio”, Román Rodríguez González desarrolla de forma pormenorizada lo que significan estas palabras, tan de moda en el momento presente en todos los debates políticos. Comienza definiendo la ordenación del territorio como una política de intervención que intenta conjugar la planificación física de todo tipo de infraestructuras y dotaciones con la planificación socioeconómica y ambiental, que trata de reducir desequilibrios, promover el crecimiento económico y generar un desarrollo sostenible respetuoso con la naturaleza. Para este autor, ordenar y planear son actos intrínsecos a la actividad humana y desde los regadíos mesopotámicos a las calzadas romanas o la fundación de las primeras ciudades asistimos a actos conscientes de ordenación del territorio, aunque se coincida en señalar la política del New Deal americano, posterior al “crack” bursátil de 1919, como la experiencia pionera de una estrategia planificada de intervención económica sobre el territorio. En España también existen ejemplos tempranos de políticas de intervención sobre el territorio, que como en el resto del mundo desarrollado se hacen mucho más complejas a finales del siglo XX, en nuestro caso particular matizadas por el reparto de competencias del Estado de las Autonomías. Román Rodríguez defiende la mutiplicidad de escalas de intervención sobre el territorio, tanto la estatal, como la regional, comarcal o local, e incluso otras fórmulas diferentes pueden ser las más apropiadas en función del caso concreto, pues “la ordenación del territorio debe ser vista como una práctica que se expande en sus principios y fundamentos a un amplio abanico de funciones... que se llevan a cabo sobre el espacio con independencia de su escala”. Por último señala el creciente interés de una parte importante de la comunidad geográfica por aproximarse en su práctica docente, investigadora y profesional a la ordenación del territorio, “convertido en el principal campo de referencia para la presente y futura Geografía”.

Este último, el futuro de la Geografía, es el objeto del capítulo 10 que cierra las reflexiones del profesor Rodríguez González. En “Que Geografía para el siglo XXI” nos habla de los males de la Geografía actual y de las nuevas vías que surgen en los últimos años para remediarlos. La dispersión temática, una excesiva especialización, la falta de conexión entre teoría académica y práctica profesional o la escasa trascendencia social de nuestro trabajo se citan como los “síntomas” de que algo no va bien. Mientras que la necesidad actual de conocimientos territoriales, la creciente orientación aplicada de los estudios superio-

res o la vocación de profesionales del territorio que tienen nuestros alumnos se presentan como los aspectos positivos que permiten augurar un futuro optimista para la Geografía. Un futuro profesionalizante que “aunque debe fundamentarse en el dominio de los diferentes instrumentos y herramientas de análisis territorial, no debe prescindir del propio fundamento de la Geografía como disciplina, que no es otro que la visión integral y de síntesis de los diferentes procesos, naturales y socioeconómicos, que tienen lugar sobre la superficie terrestre”

José Somoza Medina